

Serie
Isla de
Mure

3

Jenny Colgan



Siempre serás
mi rincón favorito



Invierno en la isla de Mure. El momento ideal para estar en casa, sentado en una butaca frente a la chimenea disfrutando de un trago de *whisky* con la gente que quieres. A menos que estés accidentalmente embarazada de tu exjefe (ahora tu novio) y no sepas cómo decírselo. En lo que debería ser la época de paz y amor por antonomasia, ¿se tomará Joel las noticias de Flora como un regalo navideño?

En memoria de Kate Breame
(1979-2018), con amor
de parte de tu familia FFF

Ten cuidado con los duendes de la nieve. Son hermosos y pálidos, y bailan maravillosamente. Bailan tan bien que querrás que te lleven con ellos. Bailan al son de las campanillas, dando vueltas sin cesar, y querrás salir corriendo a su paso. Te rodearán y te dirán: «Ven con nosotros, niño, y podrás bailar eternamente».

Muchos niños se han perdido por correr y reír tras ellos, mientras los copos de nieve formaban un remolino a su alrededor. Y se han quedado congelados en la costa, anhelando las lejanas campanillas y escuchando historias de montañas gélidas y del reino del Hielo Profundo.

A veces, algunos de esos niños desaparecen sepultados por completo. Los duendes de la nieve se los llevan, se pierden y no vuelve a saberse de ellos. Tal vez son felices bailando en los salones helados del rey del Hielo Profundo, pero tal vez no.

Por si acaso, lo mejor es no arriesgarse.

1

En invierno, las mañanas son muy oscuras en Mure, la diminuta isla situada tan al norte de la costa de Escocia que queda a medio de camino de Islandia. A veces parece que esté en el Polo Norte mismo, sobre todo cuando sopla el viento, pero es acogedora y sus cielos son austeros y asombrosamente claros cuando no los cubren las nubes. Y las noches... Ay, las noches son muy muy largas.

A los perros no les importa demasiado si está oscuro o no. Ellos saben más o menos cuándo es hora de levantarse para empezar sus duras jornadas, que pasan olisqueando, esperando que les caiga un bocado y buscando los olores más apestosos.

No te diré que es absolutamente obligatorio tener perro si vives en Mure, pero no veo ninguna buena razón para no tenerlo, y lo mismo diría cualquier otro habitante de la isla. Es un lugar seguro, con pocos coches, y los que hay no van como locos ya que las carreteras de la isla están llenas de baches.

Hay páramos y brezales llenos de cosas interesantes donde correr hasta cansarse, playas donde nadar, montones de palos, focas a las que ladrar, caca de oveja sobre la que revolcarse y muchos otros perros con los que jugar. Además, nunca falta en ninguna casa un agradable fuego frente al que tumbarse cuando uno acaba de retozar, casi nadie usa correas y se permite su entrada en los *pubs*. Mure es un paraíso para los perros.

Y muchas personas les dan la razón.

Los perros de granja suelen dormir en el establo, sobre el heno y con el calorcillo que les proporcionan las vacas. Así duermen también los de la granja MacKenzie, que se encuentra en una colina en el extremo sur de la isla, a la que se llega siguiendo la calle Mayor, con sus tiendas de colores, rosa, amarillo, rojo... pintadas así para contrarrestar los cielos grises del invierno y alegrar los meses más oscuros. Los perros duermen felices en el establo, moviendo las patas mientras persiguen ovejas en sueños.

Todos menos *Bramble*, el más viejo y querido de los perros pastores. Hace años que se jubiló, pero nadie le quita su lugar favorito: tan cerca de la estufa de leña de la cocina como es físicamente posible sin estar metido dentro. Husmea y ronca a placer, y suele levantarse temprano, lo que a Flora, que vive con él, le parece ridículo. Teniendo en cuenta que es muy viejo y que pasa dormido unas veinte horas al día, ¿por qué no hacerlas coincidir con la franja horaria que va entre las cinco y las siete de la mañana?

La verdad es que Flora también madruga mucho para ir a su cafetería, situada en la calle Mayor. Por suerte, el trayecto para llegar al trabajo es muy corto, no como cuando trabajaba en Londres.

Las tiendas de regalos están pintadas de amarillo y de verde menta; la farmacia es de un azul desteñido y contrasta con la intensidad del fucsia de la peluquería, tan chillón que no le gusta a nadie. Y la pescadería es naranja, naranja pálido. Luego está El Refugio del Puerto, un hotel que sirve de bar y como lugar de celebración de los ritos de paso como bodas, funerales, cumpleaños o aniversarios, y cuya pintura blanca y negra está tan poco cuidada como el interior. La encargada, Inge-Britt, lo dirige o, mejor dicho, lo lleva a su manera. La islandesa no tiene perro porque le gusta dormir hasta tarde mientras las jarras de cerveza permanecen pegajosas sobre las mesas sin limpiar.

Dos puertas más abajo, pintada de rosa pálido, está la cafetería de Flora, que volvió a la isla hará un año o poco

más para encargarse de un tema legal. Había nacido y se había criado en Mure, pero luego se había ido a trabajar a Londres, atraída por el brillo de las luces de la gran ciudad. Pensaba que no volvería nunca, la aterraba la idea de hacerlo.

Pero la vida tiene la costumbre de poner cosas inesperadas en tu camino. Laboralmente, las cosas no salieron como esperaba. En vez de eso, volvió a enamorarse de la tierra de sus antepasados al mismo tiempo que se enamoraba del abogado que le había encargado que volviera a su isla, Joel Binder.

¿Qué decir de Joel? Es un tipo complicado, pero Flora lo ama a pesar de ello (o tal vez en parte gracias a ello), ya que Flora nunca se deja amilanar por un reto.

Se levanta de la cama porque sabe que, si no lo hace, su padre lo hará antes que ella, y no puede soportar la idea de que cruce las heladas baldosas de la cocina con sus artríticos pies descalzos antes de que ella haya encendido la cocina de leña y haya puesto el agua a hervir. Prefiere que se levante al oír el silbido de la tetera.

Se aparta la maraña de pelo de la cara. Flora tiene un aspecto poco habitual para Londres, pero no para su isla natal, donde generaciones y generaciones de matrimonios entre celtas y vikingos habían dejado en herencia la piel más clara imaginable, blanca como la espuma de las olas; un pelo que no es pelirrojo ni rubio, sino casi incoloro; unos ojos claros que cambian de color según el tiempo que haga, pasando del azul al verde y del verde al gris.

En Londres se fundía con el entorno, volviéndose invisible. Aquí se funde con el mar desbocado, con los pálidos arrecifes, con los pájaros blancos y las focas, y parece formar parte del paisaje.

El viejo y dormilón *Bramble* está tan animado a estas horas de la mañana que derriba con la cola todo lo que se han dejado en las sillas bajas. Flora le da un abrazo, sintiendo el calor de su tripa peluda, enciende la cocina y se va a

la ducha. Joel no se encuentra en la isla en ese momento. Está en Nueva York y volverá por Navidad. A esas horas de la mañana oscura y tranquila, Flora se alegra de que Joel no esté.

Bramble y Flora descienden con energía el camino que los lleva al pueblo. Ella va cargada con todo lo necesario para que Isla e Iona —las dos bonitas isleñas que trabajan con ella en la cafetería— elaboren pasteles, tartas, pastitas y vendan muchas raciones de pastel de Navidad. Flora empezó a prepararlo a principios de noviembre (ya que el relleno necesita tiempo para irse macerando en *whisky*) y ha vendido raciones desde entonces. Ha seguido horneando uno cada día, aunque no esté segura de si acabará siendo un negocio rentable —teniendo en cuenta que los ingredientes no son baratos— o si se encontrará con un montón de pasteles sin vender cuando llegue enero.

El caso es que desde que comenzó diciembre (la semana anterior) habían empezado a venderse como el agua. Había clientes que se tomaban un trozo todos los días. Flora estaba pensando en establecer una cuota máxima, por el bien de las arterias de la población. Incluso descontando el coste de los ingredientes (todos de primera calidad, por supuesto) y la rebaja que hacía a sus clientes fijos mediante su famosa tarjeta descuento (una idea que se le ocurrió para poder subir el precio a los veraneantes, única manera de poder mantener el negocio abierto durante el invierno), los pasteles de Navidad seguían dando muy buenos beneficios. Así que continuaba preparando uno al día. Todavía faltaban tres semanas para la Navidad y tenía tiempo de macerarlos para que se mantuvieran jugosos.

Bramble la acompañaba hasta la puerta de la cafetería, pero no entraba, aunque no por falta de ganas, sino porque conocía los límites. Flora era muy escrupulosa con la limpieza del local. Inge-Britt lo habría dejado entrar en El Refugio del Puerto sin problemas para que husmeara entre las mesas en busca de cacahuètes, pero todavía no se ha-

bía levantado. Por eso *Bramble* siguió haciendo su ronda matutina, trotando pacientemente.

La señora MacPherson paseaba por la calle Mayor con *Brandy*, su highlands terrier, como cada día a esas horas. Le había contado a Flora que, a partir de los setenta, era imposible dormir. Flora le había dirigido una sonrisa solidaria mientras se preguntaba hasta qué hora dormiría la señora MacPherson si pudiera. Los lunes, el día de fiesta de la cafetería, Flora no se levantaba hasta la hora de comer. Si Joel estaba en la isla, lo convencía para que se tomara el día libre y, bueno, una cosa llevaba a la otra..., pero no iba a pensar en eso.

Bramble le dio los buenos días a *Brandy* olisqueándole el culo educadamente, antes de dirigirse al quiosco, donde Iain le daba los periódicos del día anterior. Los de ese día no llegaban hasta las ocho de la mañana, con el primer ferri del día. Al padre de Flora le daba igual que los periódicos fueran del día anterior. Afirmaba que todo lo que publicaban era basura y que no le importaba leer la basura con retraso.

El perro de Iain, *Rickson*, dormitaba en la parte trasera de la tienda y soltó un gruñido perezoso al llegar *Bramble*. Había pasado muchos años acompañando a Iain, protegiéndolo de los demás perros y procurando que los niños no robaran chucherías. A estas alturas de la vida se había vuelto gruñón, igual que Iain. Hacían buena pareja.

Bramble dio un rodeo para no acercarse a *Rickson*. Iain le dio unas palmaditas en la cabeza antes de entregarle *The Highland Times*. Luego volvió trotando con tranquilidad y se cruzó con *Pickle*, el jack russell de la señora McCrorie, un animal muy mimado que solo comía pollo asado. Era la propia señora McCrorie la que se lo comentaba a todo el mundo y, francamente, el pueblo estaba horrorizado. Los perros de Mure eran perros trabajadores, que colaboraban con las labores de las granjas y protegían las casas. Muchos de los habitantes de la isla tenían interiorizado que

el pollo era un producto de lujo. Era mucho más habitual comer foca (muchos seguían haciéndolo) y, por supuesto, pescado, que constituía la dieta habitual.

Bramble no se detuvo al pasar por el puerto, donde estaba *Grey*, el enorme bruto de pálidos ojos azules y raza indeterminada (un perro callejero que había llegado a la isla en un barco pesquero ruso, aunque había quien afirmaba que se trataba de un lobo afeitado). *Grey* se había quedado en tierra, sin alejarse del muelle, hasta que los pescadores locales lo adoptaron. Le daban los restos de pescado que no querían ni siquiera las aves marinas. *Grey* dejó de observar por un momento el horizonte para ver quién se acercaba haciendo sonar las uñas sobre las viejas y gastadas piedras del muelle. Al comprobar que se trataba de *Bramble*, que caminaba con la cabeza alta y el periódico entre los dientes, orgulloso de su labor diaria, resopló y siguió con su observación.

Bramble no se dirigió hacia la playa Infinita, que nacía en el extremo norte de la calle Mayor, justo enfrente de la vieja casa parroquial que actualmente era el hogar de Saif Hassan, uno de los dos médicos de la isla (aunque la otra era casi como si no estuviera, porque era bastante inútil). Saif era un refugiado sirio que había logrado reunirse con sus dos hijos, los pequeños Ash e Ibrahim.

Saif era consciente de que se acercaba la Navidad. Era imposible no enterarse entre los anuncios de la televisión y las constantes notas que le llegaban del colegio sobre temas como trapos de cocina, calendarios y algo llamado «representación», que no tenía ni idea de qué era por mucho que lo hubiera buscado en internet.

Pero los niños se mostraban entusiasmados por la llegada de las fiestas y, teniendo en cuenta que había estado dos años separado de ellos, Saif quería que pasaran una Navidad fantástica. Ya solo necesitaba saber en qué consistían las celebraciones exactamente.

Si *Bramble* no hubiera sido tan perezoso y hubiera seguido su paseo por la playa, se habría encontrado con *Milou* y con su dueña, Lorna MacLeod, que habían salido a airearse un poco antes de las clases a pesar de que, a esas alturas del año, solo había una pequeña franja de luz rosada en el horizonte.

Lorna se mantuvo alejada de la antigua casa parroquial. Llevaba un año colgada de Saif, pero era inútil porque él seguía enamorado de su esposa, aunque no sabía dónde estaba (perdida en algún rincón en guerra, muerta o algo peor); nadie lo sabía.

Al recordar el año anterior, le entraba una gran nostalgia. Antes de que los niños llegaran a la isla para reunirse con su padre, Saif y ella se encontraban a menudo en la playa. Él solía dar un paseo al amanecer antes de ir a trabajar y se acercaba al muelle por si llegaban noticias de la guerra y de su familia.

Ella paseaba a *Milou* y así fue como empezaron a hablar y se hicieron amigos (amigos de verdad). Ambos esperaban con ganas el momento de volver a verse, incluso en jornadas de viento o de frío intenso. Cuando el día amanecía despejado, el horizonte parecía infinito y el cielo era tan puro y glorioso que costaba creer que pudiera pasar nada malo, ni en la isla (sacudida por las mareas y los graznidos de las gaviotas) ni fuera de ella.

El caso fue que, cuando eran amigos, Lorna cometió el terrible error de revelarle sus auténticos sentimientos y las cosas no habían salido bien. En absoluto.

Por eso ahora Lorna no se acercaba a esa zona de la playa, aunque daba bastante igual porque él estaba muy ocupado criando a sus dos hijos, alumnos de Lorna. Los niños, poco a poco, se iban aclimatando e integrando progresivamente en el grupo. Cada vez tenían menos acento al hablar y se mostraban menos tímidos, sobre todo Ash.

Los dos pobres niños, que habían llegado a la isla un helado día de primavera, medio muertos de hambre, ate-

rorizados y sin hablar ni una palabra de inglés, parecían otros. La buena comida de Mure (en buena parte procedente de la granja MacKenzie) los había ayudado a recuperar su peso. Ib había crecido seis centímetros y se parecía cada vez más a su padre. Y eso era bueno, se decía Lorna, tratando de convencerse de que esas eran las cosas en las que debía centrarse. En la isla pasaban cosas buenas, el problema era que no le pasaban a ella.

Esa mañana, el agua estaba demasiado fría incluso para *Milou*, lo que no era habitual. Lorna se tapó la cabeza con la capucha de la parka y emprendió el camino hacia el puerto. Si había una época del año en que le salía el trabajo por las orejas era la Navidad. Tenía mil cosas que organizar.

Bramble dejó atrás la carretera que llevaba a La Roca, el ambicioso proyecto hotelero de Colton Rogers que, en esos momentos, estaba un poco abandonado. Que el perro levantara la pata y meara con ganas en el muro cada vez que iba no ayudaba.

Colton era un americano descarado que había llegado a Mure dispuesto a invertir en granjas eólicas para aumentar su fortuna, pero había caído rendido ante el embrujo de la isla y había decidido instalar su hogar allí.

Los perros de Colton eran unos ridículos huskys de pura raza, cuya misión era hacer bonito. No servían para recorrer extensas llanuras nevadas porque, tras varias generaciones de reproducción endogámica, tenían unos espectaculares ojos azules, pero eran muy tontos. No importaba demasiado, porque su única misión era permanecer quietos como estatuas de mármol blanco junto a la verja y estar más o menos a mano cuando Colton los llamaba para contarle a la gente lo mucho que había pagado por ellos.

Pero eso había sido antes de que le diagnosticaran un cáncer muy grave y en estado avanzado. Fintan, su marido

(y hermano de Flora), se dedicaba a cuidarlo. De los perros se ocupaba el personal del hotel, porque Fintan solo tenía ojos para Colton. El tratamiento de Colton consistía en cuidados paliativos. En concreto, tomaba toda la morfina que lograba obtener (bastante, teniendo en cuenta que era multimillonario) y todo el *whisky* que era capaz de beber (sí, también bastante), por lo que se pasaba muchas horas al día durmiendo. Fintan había dejado el trabajo para cuidar de él, aunque tampoco era que tuviera mucho que hacer. Las enfermeras contratadas se ocupaban de las tareas más delicadas, así que la única misión de Fintan era no alejarse demasiado y estar ahí cuando él despertaba: era lo más duro que había hecho en su vida.

Bramble siguió caminando colina arriba, en dirección a la granja. Altanero, ignoró a *Bran* y a *Lowith*, dos de los perros pastores más jóvenes, que se pasaban buena parte del día saltando alegremente en los prados, pero que no tenían el privilegio de poder tumbarse junto al fuego. Cuando la pequeña Agot, la sobrina de Flora, era muy pequeña, no había hecho falta que la riñeran para mantenerla apartada de la chimenea. *Bramble* se ocupaba de hacerlo sin contemplaciones. Y así la diminuta Agot había aprendido a buscar calor arrebujada entre el cálido pelaje de *Bramble*, como si fuera una gran manta ligeramente apestosa. Aunque ya tenía cuatro años, no había perdido la costumbre y al perro no le importaba.

Bramble siguió ascendiendo por el camino embarrado. Los campos estaban cubiertos por una capa de escarcha, los charcos se habían helado, y el aire se notaba tan limpio y puro que se clavaba en la garganta. Al llegar a la granja, abrió la verja empujándola y cruzó el patio empedrado con el diario aún en la boca.

Eck, el padre de Flora, se dio la vuelta lentamente (durante las mañanas frías se sentía como un viejo motor, necesitaba tiempo para ponerse en marcha). *Bramble* alzó la cabeza para que Eck, que estaba junto a la tetera, pudiera

coger el periódico con comodidad. En ese momento, la tostada de pan salió disparada de la tostadora. Era el delicioso pan que preparaba la señora Laird, y que estaba listo para que Eck lo untara con la gloriosa mantequilla que elaboraba Fintan en la granja. Justo a tiempo. Eck se sentó junto al fuego a disfrutar del té y de la tostada. Un trozo para él y otro para *Bramble*, que masticaba con su eficiencia habitual. Y así, compartiendo pan y un silencio contemplativo, vieron empezar un nuevo día en Mure.

2

A pesar de que, de momento, solo los clientes más madrugadores se habían acercado en busca de buen café y un pastelito de picadillo, Flora estaba exhausta. El cansancio que la asaltaba últimamente no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Por las noches caía en la cama y se dormía en segundos.

Dios santo, ¿cómo se lo iba a decir a Joel?

No era que temiera que él no la quisiera. Aunque le costaba pronunciar las palabras, Flora sabía que él la amaba. Igual que sabía que, aunque estaba en Nueva York ocupándose de los negocios de Colton, estaba deseando volver a casa con ella.

Aun así, el año anterior había sido duro. Tras enterarse de que Joel había tenido una infancia muy difícil a cargo de los Servicios Sociales (que habían intentado sin éxito encontrarle un hogar de acogida tras otro), lo entendía mejor y sabía que debía tratarlo con delicadeza. No había tenido un hogar, había sufrido violencia doméstica y había ido saltando de casa en casa hasta que a los doce años consiguió una beca para estudiar en un internado.

Listo, guapo e implacable, había hecho una carrera brillante en el campo del derecho corporativo. Había conseguido un buen sueldo y todas las ventajas adicionales del cargo: las chicas, los relojes, los hoteles... La idea de sentar la cabeza en una isla diminuta junto a una chica paliducha no se le habría pasado nunca por la cabeza. A la propia Flora le seguía sorprendiendo. Ella no encontraba nada espe-